

## A MODO DE PRÓLOGO

Fruto de la necesidad, surgió la idea de editar este volumen que tiene en sus manos. La necesidad tiene muchas caras y, quizá, sería más acertado hablar de necesidades. En primer lugar porque los estudios clásicos, que no han permanecido al margen de la reflexión sobre la perspectiva de género, sin embargo no se han visto permeados en la docencia por estas reflexiones y es escaso el profesorado que invita a pensar en la figura y el tratamiento de las mujeres en las disciplinas que imparte. En segundo lugar, percibimos que hay una falta de interés por parte de muchas y muchos de nuestros colegas por este enfoque, aunque el alumnado cada vez reclama con más fuerza reflexionar sobre una parte de la sociedad –exactamente la mitad, la que integran las mujeres– que no se ve representada ni en los textos ni en los temarios que se estudian en las aulas.

Por todo ello, hemos invitado a ilustres profesoras y profesores de distintas áreas directa o indirectamente relacionadas con los estudios sobre el mundo antiguo, para que, con sus consideraciones, pudiéramos reflejar que esa necesidad que nosotras habíamos percibido era real y objetiva y no solo producto de nuestra imaginación. De esta manera, preguntándoles ¿dónde están las mujeres?, hemos recopilado esta colección de capítulos dedicados a la literatura latina, la literatura griega, la enseñanza de la historia, el estudio de los textos en su faceta más material (la epigrafía y la crítica textual) y la Lingüística indoeuropea.

El capítulo dedicado a la literatura griega, escrito por la profesora Miriam Blanco Cesteros, se centra en las brujas y parte de dos claros patrones femeninos que se establecieron en la Antigüedad (y que siguen aún vigentes): uno positivo, pasivo y asexuado, y otro negativo, activo y erótico. Este estudio analiza, en orden cronológico –desde Homero hasta la Tardoantigüedad–, una serie de retratos femeninos paradigmáticos para mostrar cómo los autores (varones) fueron uniendo, continuando y modificando ambos discursos en la caracterización de la no normatividad femenina hasta crear un tipo que ha dejado una profunda huella en nuestra cultura.

La profesora Rosario López Gregoris plasma la necesidad docente que motivó la idea de este volumen en el proyecto que presenta en su contribución: la creación de un manual de literatura latina, estructurado por géneros y épocas, en el que se dé cabida a todas las voces que no aparecen en los manuales tradicionales, como son las mujeres (no solo las autoras, sino también todas las figuras femeninas que aparecen en las obras escritas por hombres), con el fin de desarticular las idealizaciones y tratamientos alejados de la realidad que nos encontramos en la literatura latina.

El profesor Francisco Arriero Ranz recoge en su capítulo su propia experiencia profesional como profesor de Historia en el Grado de Educación de la Universidad de Alcalá: a partir de sencillos ejercicios y preguntas, conduce a su alumnado a una profunda reflexión sobre cómo se enseña y cómo se ha de enseñar la historia, con la plena consciencia de una gran ausencia, las mujeres, que han sido silenciadas de todos los ámbitos en los que los hombres querían prevalecer, hasta el punto de ignorar sus contribuciones y su presencia.

La profesora Sonia Madrid Medrano y el profesor Juan Antonio Álvarez-Pedrosa Núñez nos hablan, cada cuál desde su disciplina, de áreas prevalentemente masculinas. La profesora Madrid nos explica, por una parte, cómo la crítica textual ha desarrollado unos principios «masculinos» desde sus orígenes, lo que la ha convertido en una disciplina poco flexible, pese a la realidad material a la que se enfrenta. Por otra parte, presenta un estudio de caso: el análisis de ciertas inscripciones desde la perspectiva de género permite discernir la existencia de relaciones antes invisibles en el ámbito de la vida monacal tardoantigua.

Por su parte, el profesor Álvarez-Pedrosa nos desvela los principios misóginos detrás de una disciplina, la lingüística indoeuropea, que hicieron que las mujeres interesadas en ella fueran apartadas hacia otros ámbitos fuera de la academia, principalmente hacia la «docencia de señoritas». Para completar este análisis, añade un apartado dedicado a la primera catedrática de universidad de España, Emilia Pardo Bazán, que demuestra una vez más su determinación y arresto cuando se atreve a opinar sobre las teorías más candentes (en voces masculinas) en ese momento en Europa: el origen de los indoeuropeos y la cuestión de la raza.

Con el fin de resaltar el resultado de la aplicación de la perspectiva de género, cierra el volumen un capítulo escrito por Aitor Boada Benito, en el que nos descubre a dos santas de la Antigüedad tardía, Perpetua y Margarita, que, con la misma altura de otros muchos héroes hagiográficos, se enfrentaron al dragón como encarnación del mal. Pese a lo que podríamos

pensar, sus acciones pueden ser interpretadas no solo como una forma de alcanzar su salvación, sino como una vía de empoderamiento, de toma de decisiones, sin que estas estén mediadas por la opinión de un hombre.

No podemos ni queremos cerrar este prólogo sin dar las gracias a las instituciones y personas que han hecho que este volumen salga a la luz. En primer lugar, al Instituto de las Mujeres del Ministerio Igualdad, que lo ha financiado. En segundo lugar, agradecemos el apoyo que nos han mostrado los departamentos de Filología Clásica de la Universidad Complutense de Madrid y, en particular, su directora, Isabel Velázquez Soriano; el de Filología, Comunicación y Documentación de la Universidad de Alcalá y, cómo no, su directora, Ana Casas Jaenices; y el de Filología Clásica de la Universidad Autónoma de Madrid y su directora cuando surgió la idea de hacer este volumen, la profesora Araceli Striano Corrochano. Por último, queremos dar las gracias también por su apoyo al Instituto Universitario de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid y al Instituto Universitario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid.

El nuevo yambo de las mujeres comienza aquí, desterrando las viejas ideas de Semónides, con las nuevas de Aurora Luque:

Cuenta el mito que Europa, la princesa fenicia  
portadora del nombre,  
antes de ser raptada y malviolada por Zeus,  
soñó con dos mujeres que hablaban del destino. Una decía:  
– Quédate en esta orilla, en tu hogar, tu palacio. La otra: – Viajarás  
Viajarás, darás nombre a un inmenso territorio.  
Tres mil años más tarde mil mujeres  
salmodian un millar de fundaciones.  
Artemisia-Giuditia mata al óleo al tirano.  
Madame Curie atraviesa las trincheras sangrantes  
con su protoambulancia. Audrey, estricta princesa,  
rememora la vida bajo forma  
de baile juno al Tíber. La madre de Jesús de Pasolini  
llora en la desgarrada y bíblica Matera.  
Virginia eleva un faro y da luz un Orlando no furioso.  
Christine sueña ciudades y Teresa castillos  
cristalinos e íntimos. Natalie funda el templo  
de la amistad en París.  
Marlene – tacón de aguja sobre escombros-

susurra una sarcástica elegía.  
Greta masca las uvas del amor  
antes de vigilar desde la proa el mundo.  
Y en los viejos abismos oceánicos  
Isabel pone proas andaluzas.  
Rosa muere en un río pero nunca se ahoga.  
Madame de Châtelet herreda el don de Hipatia.  
Mary se inventa un cíclope nacido de los hombres  
y no de poseidones. María de Cazalla  
arde por leer libre  
y Sigea se sueña en seis idiomas.  
Simone grita en París lo muy desnudo que va el filósofo.  
Y Marguerite de Flandes,  
robando a Roma sueños destrozados,  
recompone los cantos de la viaja sibila.

Y dijimos: más lejos, aunque  
arda la piel.

Aurora Luque, «La portadora del nombre. El nuevo yambo de las mujeres», en *Un número infinito de versos*.

Madrid, diciembre de 2022.  
Berta González Saavedra  
María del Val Gago Saldaña

## **BRUJAS: UNA MIRADA CON PERSPECTIVA DE GÉNERO A LAS MUJERES FASCINANTES**

MIRIAM BLANCO CESTEROS

Departamento de Filología Clásica

Universidad Complutense de Madrid

### 1. INTRODUCCIÓN (UN POCO DE TEORÍA ANTES DE COMENZAR)

Religión, superstición y magia no son más que etiquetas empleadas para categorizar conceptos que se refieren a la relación de las personas con el mundo divino y con la naturaleza. Se trata de diferentes formas de entender dicha relación, que se superponen y en muchos casos coexisten en el tiempo y en el espacio. Por este motivo es incorrecto entenderlas como opuestas, porque en realidad no lo son, pero al mismo tiempo es difícil definir o explicar qué es magia o superstición sin recurrir, como punto de referencia y contraste, al concepto de religión. Esto se debe a que estas nociones pivotan en torno a un eje común, la norma, que establece qué es qué. Sin embargo, qué constituye la norma en una sociedad, tanto en lo que tiene que ver con lo personal, como en lo social, lo político o lo religioso, es definido por las élites culturales dominantes y es cambiante, por estar influido por las circunstancias políticas y sociales. La noción de magia, por lo tanto, variará dependiendo del contexto histórico, cultural y social en el que examinemos esta categoría. A pesar de ello, en este estudio veremos que en las antiguas Grecia y Roma la magia será entendida, de forma general, como cualquier tipo de actividad ritualizada que se desvía de la norma, en relación, sobre todo, a la idea normativa de cómo debe el hombre comunicarse y pedir favores a la divinidad, por una parte, y, por el otro, cuál es el conocimiento de la naturaleza y su poder al que puede acceder<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Lo que se ajusta a las normas válidas de una sociedad o de un grupo concreto dentro de una sociedad en lo que respecta a la comunicación entre dioses y hombres –y, por tanto, se considera conocimiento religioso legítimo– y lo que se desvía de esta norma –y, en general, se considera «magia»– varía dependiendo de factores sociopolíticos.

Esto implica, como bien señala Kimberly Stratton (2007: 17), que la magia es un constructo social, como la locura o la sexualidad, en el que entra en juego un discurso de legitimación de unas prácticas consideradas normativas por oposición a la deslegitimación, censura y demonización de aquellas que no lo son, mediante su asociación a ideas y símbolos negativos de amenaza y peligro. Es preciso tener en cuenta que, si bien es cierto que este tipo de construcciones socioculturales toman forma sobre actividades, comportamientos e ideas reales, el discurso de la magia no tiene tanto que ver con lo que la gente realmente hace como con lo que otros creen que hace (Stratton 2007: 22). Por ello, independientemente de las prácticas rituales históricas que subyacen al concepto de magia, la magia en su dimensión discursiva nos informa esencialmente sobre miedos y tensiones socioculturales entre distintos grupos en el contexto de la pugna por la autoridad (Eidinow, 2019). Jimena Palacios (2014: 93) señala que, cuando un constructo «interactúa en un sistema social de relaciones de poder, resulta sumamente productiva para su análisis la noción de *estereotipo*, puesto que, en particular, el estereotipo que desvaloriza aparece como un instrumento de legitimación en diversas situaciones de dominación». Como Palacios, tomo la definición que da de este fenómeno –precisamente en relación con la categoría de magia– Stratton (2007: 23), que entiende el estereotipo como «construed reductionist conglomerates of images and ideas about a group or type of people»<sup>2</sup>. Como resultado de

---

Analizar estos aspectos en relación con las categorías de «religión», «superstición» o «magia» nos llevaría demasiado lejos. Tampoco es objeto de este estudio entrar en el debate sobre la pertinencia del uso de estas etiquetas. Para un amplio debate sobre la noción de desviación religiosa en la Antigüedad con bibliografía específica y actualizada, cf. Martín Hernández (en prensa).

<sup>2</sup> Un aspecto curioso del funcionamiento de los estereotipos, que merece la pena mencionar, aunque sea en nota, es que mantienen una relación de refuerzo mutuo con la realidad histórica. La noción de belleza física ejemplifica muy bien el funcionamiento de esta dialéctica entre discurso y realidad: la repetición de los estereotipos que conforman la noción de belleza conduce a su integración (en las formas de representación, en los modelos educativos, en el arte como medio expresivo, en el sistema legal, etc.) lo que acaba por legitimar y objetivar estas categorías, al hacer que estos constructos ideológicos influyan a su vez en las actividades, ideas y comportamientos de los distintos grupos o categorías socioculturales que participan de este discurso. De la misma forma, se ha sugerido que la repetición de ciertos estereotipos sobre la magia o sus practicantes empujó a estos últimos a imitarlos o hacerlos propios e (fenómeno que se denomina «apropiación») para satisfacer así las expectativas de

todo lo dicho hasta ahora, la magia se engloba en un discurso más amplio enfocado a la construcción de la alteridad.

Para organizar su conocimiento, el ser humano ha exhibido históricamente y aún demuestra una tendencia natural a clasificar el mundo que le rodea. En este proceso, un criterio de agrupación básico es el que diferencia entre «nosotros» y «los que no son como nosotros», los «otros». Para ello, es necesario construir la identidad propia, definir la imagen que tiene el grupo de sí mismo (*self-identification*); la definición del «otro» se construye entonces a través de la negación o antítesis de lo que nos es familiar (Babo, 2021: 172). Como afirma María Augusta Babo (2021: 174), «lo que prevalece entonces es un *topos*: el interior y el borde, por el cual el Otro siempre está afuera». Como consecuencia, la del «otro» no es una imagen objetiva –aunque pueda basarse en realidades observadas por el grupo que construye esta identidad–, sino una representación discursiva que aglutina estereotipos junto con constructos que, como la magia, pertenecen al ámbito de lo no-normativo. En este sentido es fundamental tener en cuenta que, en el ámbito sociocultural e histórico objeto de este estudio, el grupo desde el que se construye el discurso de lo normativo estaba formado exclusivamente por una élite político-intelectual compuesta por hombres. Esto es fundamental, porque, por un lado, implica un sesgo de género, es decir, los testimonios que conservamos siempre serán «una representación limitada de una realidad compleja» (Foley, 1992<sup>4</sup>: 127); por otro, significa que lo femenino, por no formar parte del «yo» que construye el discurso, se encontrará también integrado en el discurso de alteridad<sup>3</sup>. No es de extrañar, por tanto, que, aunque la realidad material de las prácticas rituales categorizadas como mágicas muestre, desde una perspectiva arqueológica, que estas fueron realizadas por usuarios de ambos sexos, en su dimensión discursiva la magia y el género femenino converjan de forma persistente (Stratton, 2007: 24-25; 2014).

Esto nos lleva al segundo eje de este estudio: el género. Hablar de género significa reflexionar sobre la caracterización física y moral, las pau-

---

sus clientes. Al hacerlo, sin embargo, validaban la imagen que se tenía de ellos y sus prácticas (Frankfurter, 1998: 224-233). Sobre la construcción y funcionamiento de los estereotipos, cf. Berger y Luckmann (1966); Perkins (1979); Augoustinos y Walker (1998); Amossi y Herschberg (2001).

<sup>3</sup> En realidad, ha formado parte del discurso de alteridad hasta una época relativamente reciente, ya que el discurso sociocultural ha estado dominado por los hombres, cf. Butler (1990, especialmente pp. 18-46).

tas de comportamiento y los roles –es decir, los estereotipos– con los que una cultura o comunidad intenta clasificar y tipificar los sexos (Butler, 1990: 22-33). En otras palabras, el género, como la magia, es una construcción sociocultural desarrollada y definida desde el grupo social dominante en el contexto de una cultura determinada, por lo que todo lo dicho hasta ahora en relación a la dimensión discursiva de la magia como constructo social se puede aplicar también al género. En este sentido, las culturas griega y romana son resultado de un discurso emanado desde una perspectiva androcéntrica y fuertemente patriarcal que los expertos coinciden en señalar que impuso conductas sexuales muy determinadas a varones y mujeres de tal manera que estas, más allá del mero hecho de promover identidades, influyeron en la moral, el estatus social y político de los sujetos según una estricta división binaria de los géneros<sup>4</sup>. Es importante tener en cuenta, como hace Palacios (2014: 94) en relación con la cultura romana –aunque puede hacerse perfectamente extensivo a la griega–, que esto no implica la existencia de un único modelo de lo femenino. Al contrario, en la Antigüedad grecolatina existieron múltiples modelos de mujer que encarnaban tanto estereotipos positivos (la esposa fiel, la muchacha casta) como negativos (la joven díscola, la esposa adúltera, la prostituta, la vieja, etc.). Es entre estos últimos donde encontramos a los personajes mágicos femeninos.

En ellos se hace especialmente evidente la relevancia de la dimensión discursiva de la magia y el género que acabo de mencionar, ya que, aunque existen abundantes pruebas directas de la actividad de ritualistas varones en la Antigüedad, las mujeres practicantes de magia no dejaron testimonios directos de su actividad<sup>5</sup>. Por ello, en términos generales, estas últimas solo pueden estudiarse a través de testimonios textuales escritos por varones. No se trata, por lo tanto, de personas reales, sino de su representación en los textos y esta imagen estará siempre sujeta a un discurso condicionado por los distintos factores inherentes al mismo (contexto, finalidad, precedentes, etc.) y factores comunicativos (emisor, mensaje codificado, destinatario), además de los condicionamientos estilísticos impuestos por los géneros literarios. Del mismo modo, intentaré demostrar la importan-

---

<sup>4</sup> Sobre esta cuestión pueden consultarse, sobre distintos periodos y culturas del mundo antiguo, el análisis diacrónico de Pomeroy (1975), y los estudios reunidos en Foley (19924) y James y Dillon (2012).

<sup>5</sup> Dickie (2003) ofrece un estudio detallado de los agentes mágicos masculinos y femeninos en la Antigüedad, pero no los explora desde una perspectiva de género.